

# Teatino: el perfil de un vocablo desgastado entre la apología y el sarcasmo

GABRIEL LLOMPART  
Palma de Mallorca

## RESUMEN

Se analiza el vocablo «teatino» con que se empezó a conocer la Orden de Clérigos Regulares de San Cayetano, fundada en Italia en tiempos de la Contrarreforma por el cardenal Pedro Carafa, obispo de Teati. La confusión de denominación y el sentido peyorativo que generó este término a poco de su creación nos habla del desgaste de la palabra, la diversa intencionalidad con que se utilizó y el perjuicio sufrido por los propios clérigos, obligados a cambiar de nombre para limpiar su imagen. Así se refleja entre la élite a través de la documentación epistolar y la literatura y, popularmente, en dichos y refranes.

**Palabras clave:** Órdenes religiosas, Dictados tópicos, Iglesia Católica, España e Italia, Etnoliteratura.

## SUMMARY

The author analyzes the term «Theatine,» which originally referred to Cajetan's Order of Monks in 16<sup>th</sup>-century Italy, co-founded by Cardinal Pietro Caraffa, bishop of Theati, to advance the Counter Reformation. Confusion concerning the term and the pejorative meaning it soon acquired evince to us the overuse of it, the diverse intentionality with which it was employed and the harm done thereby to the monks themselves, who eventually had to adopt a different name for their image to clear up. So it went among the elite, to judge from their epistolary correspondence and the literature; among commoners, from wise sayings and proverbs.

**Key Words:** Religious Orders, Commonplaces, Catholic Church, Spain & Italy, Ethnoliterature.

Antes de comenzar el seguimiento de un vocablo latino que comenzó su marcha azarosa y fervorosa en los tiempos de la Reforma Católica en torno a las escribanías pontificias y que llegó a España con los primeros grupos de clérigos salidos de Italia en plan de misión, quisiera hacer mención de algunas personas que me echaron una mano para economizar el tiempo de mis indagaciones. Y, en primer lugar, he de mencionar al doblemente caro

—por sabio y por distante— Don Julio Caro Baroja que, en los años que dirigía el departamento y la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, al conocer mi condición de «clérigo regular» (teatino) me recitó de memoria en un dicho y hecho el secular juego de palabras de los niños españoles:

Una hora duerme el gallo,  
dos, el caballo;  
tres, el santo;  
cuatro, el que no lo es tanto;  
cinco, el caminante;  
seis, el estudiante;  
siete, el teatino;  
ocho, el peregrino;  
nueve, el majadero;  
diez, el borriquero;  
once, el muchacho;  
doce, el borracho.

Y en segundo lugar he de agradecer a Pilar García de Diego y a su padre, académico de la Real de la Lengua, que me permitieron consultar buen número de datos de sus ficheros.

No deja de ser curioso el que si Rudolf Otto sitúa el término «sacro» o «santo» entre una bipolaridad de atracción y rechazo (*numinosum* y *tremendum*), este vocablo de que tratamos haya sido objeto de acoso y defensa, de apología y sarcasmo, a todo lo largo de su órbita circulatoria, incluida el área de la lengua castellana.

En la casuística popular, si los versos anteriores recogidos de Caro Baroja y que trae también Francisco Rodríguez Marín en sus *Cantos populares españoles* (vol. 5. s.a.) alaban su contención, hay otros tantos que maltratan al teatino sin ninguna misericordia. Véase si no lo que se dice de un confesor teatino: «Eres más marrano que las orejas de un teatino» (versión mallorquina, Capdepera: «Es mes brut que ses oreies d'un confés»). Y del reloj de una iglesia de teatinos:

Un cuarto para las tres  
ha dado el reloj vecino,  
cosa muy rara es,  
que, siendo reloj teatino,  
dé cuartos sin interés.

Y en este mismo sentido de avaro o de afectado, de dar murga véase «A un teatino, ni dedo menino», «Pides más que un teatino»...

El resultado de haber advertido este contraste tan vivo es que han aparecido en la bibliografía algunos apuntes destinados a aclarar el sentido o

sentidos ínsitos en el vocablo de marras: «Teatino». Uno es de Antonio Restori (1927) y otro es de Juan Millé (1928).

Es que la llegada de los primeros jesuitas a España la hicieron cargados con el apelativo o remoquete de «teatinos» o «teatini» que les habían endosado en Italia. Así el P. Arazoz desde Valladolid, en 1545, escribe que la gente les está llamando a la sazón con varios sobrenombres: «teatinos, apóstoles y reformados». En el *Teatro Completo* de Miguel de Cervantes, se inserta *La Cárcel de Sevilla*, de García Villoslada, más bien atribuida a Cristóbal de Chávez, en la que aparece el cadalso y un condenado a muerte: «Sale el paisano, vestido de ahorcado y una cruz en la mano y el alcaide con él»... En aquel momento Torbellino y Beltrana hacen acto de presencia y al mismo tiempo los jesuitas que quieren ayudarle a bien morir. Pero el diálogo trae esta pócima:

Paisano: ¿Quién ha traído aquí estos teatinos infernales?

Beltrana: ¡Ay que se acaba ya mi regocijo!

Luis de Góngora y Argote es testimonio de la asimilación de jesuita con teatino, asimilación que borda con su ingenio truculento al querer sacar partido de una etimología que crea *motu proprio* al vocablo «teatino». En primer lugar lo hace en una justa poética de 1610 en que embiste al P. Juan de Pineda S.I. de esta suerte:

No más judicatura de teatino  
cofre digo o vero con bonete  
que tiene más de tea que de tino. (Góngora 1928: 7).

Luego en *Los Ejercicios de San Ignacio o la penitencia de los teatinos*, de hacia 1622 afirma de un jesuita que:

... aunque era teatino  
tenía más de tea que de tino. (Góngora 1897).

La novela picaresca salió a la liza dispuesta a barajar y jugar con el vocablo que, por lo visto, se le hacía bien apetecible. Así sale el *Lazarillo de Toledo* (1846: 112):

Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo más que un saludador, mejor vestido que un teatino y con dos docenas de reales en la bolsa [...] llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó e hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gozález con deseos de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado [...] de gritar y armar, llamando a Santiago y cierra España.

En *La vida del buscón llamado Don Pablos* (1852: 470):

Pésame de daros nuevas de mal gusto. Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo: dígolo como quien lo guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo; veníale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante, que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban los oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes, mandaba descansar a los confesores e iba alabándoles lo que decían bueno.

Llegó a la de palo, puso él un pie en la escalera y no subió a gatas, ni despacio, y viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia y dijo que andase aderezar aquel para otro; que no todos tenían su hígado.

No sabré encarecer cuan bien pareció a todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás: tomó la sogá y púsola en la nuez. Y viendo que el teatino le quería predicar, vuelto a él le dijo: —Padre, yo lo doy por predicado y vaya un poco de Credo y acabemos presto que no quería parecer prolijo.

Hízose así. Hícele cuartos y dile por sepultura los caminos: Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca a los grajos. Y así lo contó en carta el verdugo, tío suyo, Alonso Ranplón, en carta de Segovia a Alcalá.

La caricatura del condenado y el teatino aparece en su esencia en otro escrito del mismo autor, la *Carta de un cornudo a otro*, intitulada *El siglo del cuerno* (hacia 1622). En resumen dice: «Siempre fui señor licenciado, de



FIGURA 1: Estampa popular napolitana que representa a los beatos Cayetano, Andrea Avellino, Juan Marinoni y Pablo Burali —siguiendo la tradición medieval de los *Flos Sanctorum*— saliendo de un clavel, de una margarita, de una azucena y de una rosa respectivamente, más la pasionaria de la que surge el crucifijo.

opinión que a los hombres que se casan los habían de llevar a la iglesia con campanillas delante, como a los ahorcados, pidiendo por el ánima del que sacan a justicia y habían de llevar Cristo delante y teatinos que los animasen».

Y, por fin, el ciclo del ahorcado se subsume en un refrán (BAE 55, p.4, nota 8) que reza: «No suda el ahorcado y suda el teatino». Pero el caso es que el refranero castellano reenganchó por otra anilla la comezón contra la gente de Iglesia y su extrema derecha: el teatino. Para muestra está la traducción de la antigua paremia: «Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la suya» por «Cuando el teatino se ahoga [o se ahorca] su cuenta le tiene».

La tan denostada gula frailuna también encontró nueva versión: «Dicen los teatinos de esta manera: mortificate, cuerpo: come ternera» (Sbarbi 1922: 380-381). Añádase a esto la modernización de la costumbre de pedir. Así Francisco de Quevedo comenta en una jácara que circulaba en pliego de cordel antes de 1617:

Visítanle los teatinos  
sin ser gente principal,  
ni menos tener dinero,  
que es muy grande novedad.

Gonzalo Correas, allá por los años 1630 en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1926: 23) comenta: «A teatino, ni dedo menino» diciendo 'ke no se les ha de dar entrada, ni en muy mínima kosa, porke no se alcen kon todo'. Ya es notorio a quienes llaman teatinos en Kastilla: díxolo aquel xeroglífico 'Pues ke nadie te atina, yo te atino, dinero mío'.

En esta tesitura, Lope de Vega escribe al Duque de Sessa, el 7 de septiembre de 1611 (*Epístolas* 1941: 58), disertando a propósito del buen juicio de los médicos: «mas decía un médico de Granada que si él convidara al diablo, le diera un pollo por caniculares, puesta una ropa parda de un teatino». En carta también al Duque de Sessa, 1617, dice: «Vucencia me avise y quédese con los ángeles: que entran dos teatinos, y yo lo siento, de suerte que pienso que estoy en la capilla como Escamarrán» (*ibid.* 1941, n.º 344: 337). Y de nuevo en carta al Duque de Sessa (*ibid.*: 318): «Pero levántandose con hambre para bolver a la mesa con gusto, como los teatinos...».

A toda esta corriente típica de una sociedad sarcástica que sólo veía los aspectos negativos del término, se opone o se enfrenta Santa Teresa para quien la palabra «teatino» no tiene sino cadencias favorables. Nótese que son las citas de sus cartas mucho más antiguas que la mayoría de las menciones recogidas hasta ahora. Esto quiere decir que en su tiempo el uso de teatino llegaba directamente de Roma:

En carta a su hermano Lorenzo de Cepeda, año 1561, dice: «No sé con

qué lo servir sino con que el nuestro niño se encomiende mucho a Dios, y así se hace, que el santo fray Pedro de Alcántara lo tiene mucho a su cargo, que es un fraile descalzo de quien he escrito a vuesa merced y los teatinos y otras personas a quien sé oír a Dios». De nuevo y escribiendo a la madre María Bautista, año 1574: «Una carta le escribí con un teatino u no sé con quién...» (*Epistolario*, 2 y 72: 728).

En Carta a Dña. Luisa de la Cerda (carta 8, 1568: 686) comenta: «Dejamos concertado se traya una mujer muy teatina y que la casa la dé de comer (como hemos de hacer otra limosna, que sea ésta) y que muestre a labrar de balde muchachas y con este achaque que las muestre la doctrina y a servir al Señor, que es cosa de gran provecho».

Todo cuanto hemos dicho hasta ahora hay que reconocer que, propiamente hablando, se refería a los jesuitas que, en fundando en la península, en los estados de habla castellana los conocieron con el nombre de *teatinos*, venido de Italia, mientras que en los estados de la Corona de Aragón se conoció a los jesuitas como *iniguistes* (deformado en Mallorca: *enagistes*), es decir compañeros o familiares de Íñigo de Loyola. Ellos mismos en determinadas circunstancias se autodenominan con este epíteto. Véase por ejemplo una obra representada en el Colegio Imperial de Madrid en 1640 del P. Valentín de Céspedes (S.I.):

Chanza: Dijéronme la otra tarde  
que, en este tiempo, la orden  
cumple cien años cabales,  
desde que Paulo Tercero  
la confirmó, y estos padres  
quieren dar gracias a Dios  
de un beneficio tan grande.

Gracejo: Allá en Roma en hora buena  
que estas fiestas saturnales  
se celebren pero acá  
qué diremos los seglares...  
Fiestas, repiques, comedias,  
chirimías y atabales,  
luminarias y cohetes,  
sólo porque ahora hace  
cien años que hay teatinos? (Mesonero Romanos 1859: 150).

Otra obra titulada *El fénix de España, San Francisco de Borja*, original del P. Diego de Calleja (S.I.) trae esta tirada de versos:

Calvete: Soñaba que Belcebú  
a él le llevaba y que tú  
de la Compañía eras.

Mira y qué más desatino  
pudo el diablo haber pensado  
que hacerle a él condenado  
para hacerte a ti teatino!

Así nos encontramos en el caso de la Enciclopedia Espasa, que es la enciclopedia que ofrece más información de Europa en el siglo XX, que cuando se refiere a los antiguos colegios de la Compañía de Jesús de España y América del Sur —ubicados en la «Calle de Teatinos»— o bien que las haciendas o viñas de descanso de la orden en la campiña se titulan aún «de Teatinos».

El historiador de la Orden P. Pedro de Rivadeneyra explica cómo sucedió que «se vino a llamar nuestra religión de los Teatinos» (1880, vol. 2: 42):

La confusión se hizo evidente a menudo. Tal fue el caso de Barrionuevo, que, en 1655, se refiere a la visita de Felipe IV a los teatinos de la calle del Oso: «Que llaman de la calza blanca, a visitar a San Caetano, fundador de aquella religión, domingo a 8 de agosto. Dijo al apearse a Don Melchor de Borja que le acompañaba: Vengo a agradecer a un santo que dicen que ha empreñado a mi mujer. Era el día de su fiesta, donde acudió todo Madrid».

El mismo cronista, en fecha 18 de marzo, del año siguiente de 1656, refiere otro suceso que pasó también en los Teatinos pero no en los Clérigos Regulares Teatinos que habían fundado ya en Madrid, sino en la Casa de la Compañía de Jesús:

Predicó un fraile dominico al Nuncio en la Compañía de Jesús, donde asiste siempre a los sermones que le predicán: y alabando mucho a Santo Tomás dijo de él, entre otras y alabanzas, que era «el buey mudo» y que mandaba Dios antiguamente que al buey no le pareasen con mula ni jumento en la coyunda del arado, que no trabajarían bien, y que así su religión y los teatinos hacían muy mala pareja. Y desde aquí fue diciendo otros muchos disparates que obligaron al Nuncio lo desterrase aquel mismo día que fue miércoles, 8 de éste.

En la corte de Madrid se probó a diluir la confusión añadiendo el calificativo de «los teatinos de calza blanca» a los nuevos venidos de Italia a realizar la fundación, por el detalle algo llamativo de su indumentaria. El mencionado cronista Jerónimo de Barrionuevo en el año 1655 trae esta noticia que habla por sí sola: «17 de abril 1655. Ayer llegó aquí de Roma en diez y siete días un teatino de la calza blanca. Cuenta maravillas de lo que en esta sede vacante pasa en Roma (*ibid.*2: 56 y 323).

No me consta cuándo los clérigos Regulares Teatinos fueron llamados en Italia con el calificativo «de la calza blanca». Pero lo cierto es que en Florencia en 1592 cuando ocuparon la vieja iglesia de San Michele dei Diavoli, que luego se tituló de San Cayetano, el cronista de la ciudad Baccio

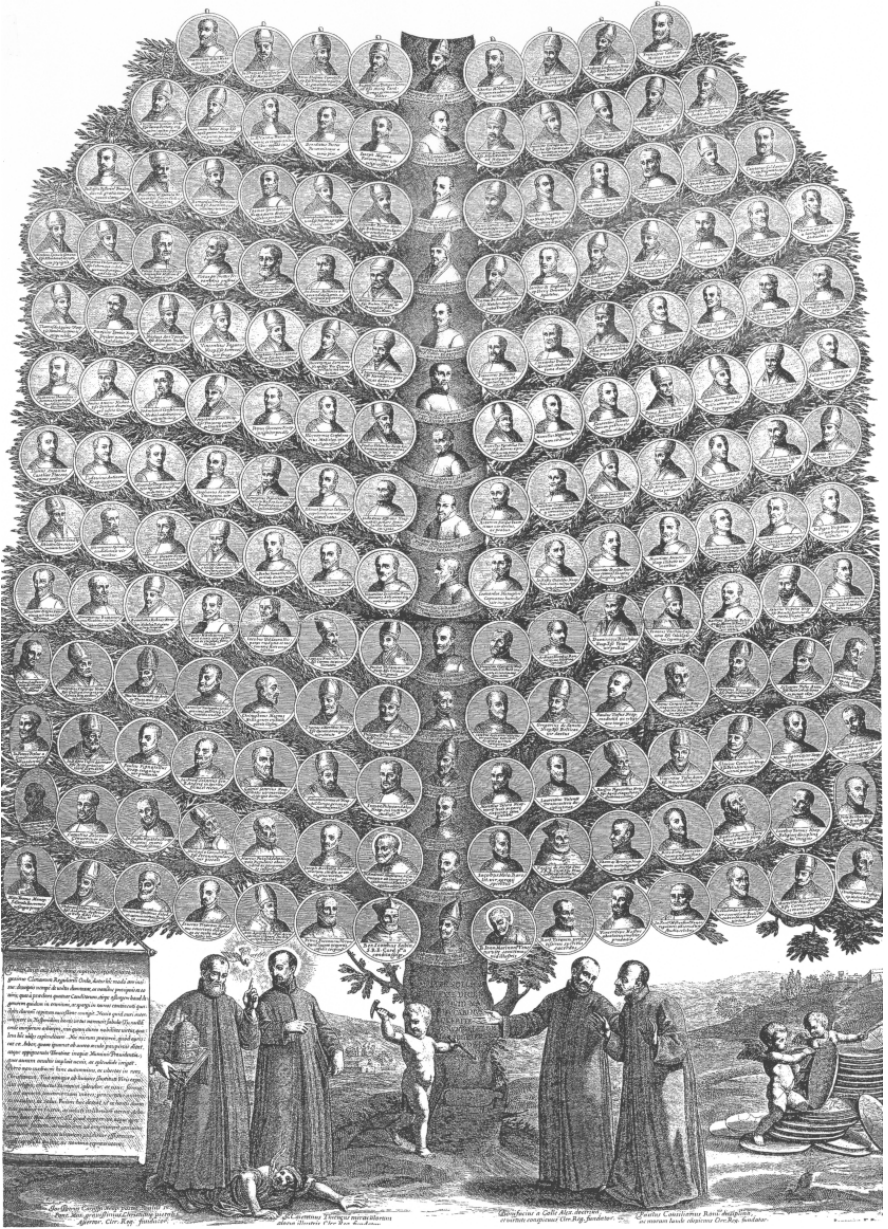


FIGURA 2: Árbol de la Orden de Clérigos Regulares de San Cayetano según grabado de Baronius.



Cecchi les dio este nombre: «I Padri Chietini dalle calze bianche». La nueva Iglesia de San Cayetano puso su primera piedra el 22 de agosto de 1604 (Cecchi 1592: 164).

El famoso escritor jesuita José Francisco de Isla en su popular obra *Fray Gerundio de Campazas* disfruta usando el antiguo apelativo de sus correccionarios en plan festivo:

todos los teatinos de Villagarcía no llegaban al zancajo de su sabiduría [...]. la tía Catalina se puso como una furia diciendo que primero se había de echar en un pozo que permitir que su hijo fuese a Villagarcía a que se le matasen los teatinos, un campesino tuvo buena cosecha con que me animaré a enviar a Bartola a Villagarcía para que escomience la gramática con aquellos benditos flaires de Dios que llaman teatinos. (Isla 1876: 81, 83, 224).

En el área suramericana, el polo extremo de la rechifla sarcástica alcanzado por la voz teatino se lo lleva probablemente el episodio titulado «Las Cayetanas» del escritor peruano Ricardo Palma (1883: 59). Al parecer, el sacerdote Gregorio Cabañas fundó en 1704 un beaterio compuesto por 16 beatas, a las cuales impuso unas normas entresacadas de lo que podría llamarse la teoría de la clericalidad regular aplicada a las mujeres, fuera del tiempo, fuera del lugar y de la realidad. El resultado fue una especie de fiesta en el aire:

Con decir que el hábito de las cayetanas era una sotana de clérigo, digo lo bastante para justificar el ridículo que cayó sobre esas benditas. Usaban el pelo recortado a la altura del hombro y llevaban sombreros de castor. Lucían además una cadeneta de acero al cuello y pendiente de ella, un corazón emblema del de Jesús. Tales prójimas eran en la calle un mamarrache, un reverendo adefesio. No pasó un año sin que todas hubieran desertado, colgando la sotana cansadas de oír cantar a los muchachos. [...] Pero cuando empezaron a salir a la calle las cayetanas o teatinas, los muchachos dieran en rechiflarlas y las vecinas en reírse del hábito que vestían las nuevas beatas.

Con maitines y completas,  
no con lanzas, ni chancletas,  
Cayetanas,  
candidonas  
con sotanas  
como monas.  
Aunque canten misereres,  
no son hombres, ni mujeres,  
más pelonas que las ranas,  
candidonas,  
Cayetanas.

Las órdenes afectadas por el mal uso, uso indebido o abuso de negatividad del vocablo *teatino* se encontraron de buenas a primeras en el Siglo

de las Luces con la codificación del vocabulario en los diccionarios oficiales que las Academias ilustradas ponían a disposición de la población. Lo mismo sucedió luego en el siglo XIX cuando las enciclopedias pasaron a depender de firmas particulares y comenzaron a extenderse por las provincias.

La Compañía de Jesús se manifestó a través de sus mejores escritores explicando ya en fechas muy prematuras la confusión de términos y en especial el que se subrayara entre el vulgo el sentido peyorativo de doblez y vituperio que arrastraba como una red barredera todas las miserias de una desmadrada Edad Media. El término *teatino* había terminado por convertirse en el buzón de las miserias del clero, merced a una serie de tergiversadores que le cambiaron de sentido en la corte pontificia y en Roma mismo.

*Ab initio non fuit sic*: Antonio Caracciolo en su *Vida de Paulo IV* (1612: 4) define claramente el origen positivo del vocablo que nos ocupa: «Quienquiera que se retirara y dedicara a vida espiritual se llamaba teatino y así se sigue diciendo actualmente en distintos giros del lenguaje como hace vida de teatino, este se hace el teatino, uno se mortifica como un teatino y así siguiendo».

La congregación de Clérigos Regulares tomaba, sin embargo, cartas en el asunto y extendía un paraguas para que no le calara aquella tempestad de giros malsonantes aparejados al término. De modo que en el Capítulo General del año 1595 se iniciaba una



FIGURA 3: Estampa de Paulo IV, de la Orden de Clérigos regulares de San Cayetano, según grabado de Unsigniert.

retirada estratégica terminológica: «Se ha concluido que en las cartas que nosotros mandemos escribamos solamente: ‘clérigos regulares’, dejando de lado la palabra ‘teatinos’ y de la misma forma se haga en el resto de la documentación mientras fuera posible; bien entendido que en los sellos oficiales también se retire la voz ‘teatinos’»<sup>1</sup>.

Para ver cómo la pensaban los jesuitas pongo por testigo al P. Francisco Suárez (1860: 555) en su tratado *De religione Societatis Iesu*, libro 1, cap. 1:

La Orden de los Teatinos, que en algunos lugares de Italia florece, es una orden peculiar pero que no tiene que ver con la Compañía: tuvo distinto fundador, que fue el cardenal Pedro Caraza, *Episcopus Teathinus* (de la diócesis de Chieti) que luego fue papa Paulo IV y tiene un instituto y una organización distinta; de otro lado hay algunas semejanzas con la Compañía por lo que toca a la indumentaria, por otra parte las dos son religiones de clérigos y de results de estos parecidos y de que surgieron por las mismas fechas, el vulgo, que no sabe discernir entre unos y otros, vino en darnos el nombre de Teatinos, que era algo anterior en las fechas.

¿Cómo se hizo la rectificación en la bibliografía de los diccionarios de lengua castellana? Hay que notar que el *Diccionario de Autoridades* (1739, vol. 6) no trae la voz *teatino*. El *Diccionario de la Lengua Castellana* (1780: 870) ya trae: «*teatinos*. Los religiosos regulares de San Cayetano tomaron este nombre del obispo de Teati Juan Pedro Carafa, que después fue Pontífice con el nombre de Paulo IV. Este santo varón con San Cayetano y otros dos célebres prelados fue fundador de esta religión».

En varios países de España llamaba el vulgo



FIGURA 4: Representación de San Cayetano en el esquema primitivo del orante por la paz en Nápoles.

<sup>1</sup> Archivo General. Roma. *Actae Capitulorum Generalium, ad Annum 1595*, f.190.

así a los jesuitas. Así repiten las ediciones de la Academia de la Lengua de los años 1783, p. 885; 1808, p. 792; 1803, p. 825; 1817, p. 832; 1822, p. 788; 1832, p. 714.

En la edición 12 del Diccionario adviene un cambio que induce a error. Se menciona a los Clérigos regulares teatinos, pero luego se les endosa la atención a los ajusticiados, propia de la Compañía de Jesús en España y otras partes. «Teatino [...] Del obispo de Teati, Juan Pedro Caraza, fundador de esta orden y después Sumo Pontífice con el nombre de Paulo IV. Dícese de los clérigos regulares de San Cayetano. Dedicábanse especialmente a ayudar a bien morir a los ajusticiados». La confusión —menuda confusión— se mantuvo en las ediciones 13 y 14 (1899 y 1914) y se corrige en la 15 (1925, p. 1154). Y se añade: «Por confusión se aplicó a los padres de la Compañía de Jesús». El artículo sigue después invariable en las ediciones 16 a 19 (1970, p. 1247).

Las casas editoriales siguen la plantilla reciente de la Academia de la Lengua, mejorándola. Así la *Gran Enciclopedia Larousse* (1972, vol. 10: 48) que puntualiza que la orden de los teatinos se fundó para «reformar las costumbres eclesiásticas». Luego recordaba que la Compañía de Jesús en España había sido antiguamente llamada así, «para dar explicación a las citas de tantos clásicos que pudieran haber leído los lectores...»



FIGURA 5: San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, según grabados de J. Messenger.

Pero los errores de las ediciones 12 a 14 del *Diccionario de la Real Academia* iban a incrustarse durante un cierto tiempo en otras obras como el *Diccionario Enciclopédico hispano americano de Literatura, Ciencias y Artes* (1897, vol. 20: 402-403), el *Diccionario enciclopédico U.T.E.H.A.* (1952, vol. 9: 1181-1182). Total: que en las primeras ediciones del conocido diccionario de María Moliner el redactor y el corrector nos dejaron un artículo por este estilo: «Teatino. Se llaman así los religiosos de una congregación fundada en el siglo XVI por San Cayetano y Juan Pedro Caraffa, después Paulo IV, que se dedicaba a asistir a los condenados a muerte» (Moliner 1967: 1273).

Después de haber hecho esta incursión sobre el uso y abuso de un vocablo castellano nada baladí en la historia de la religiosidad moderna, nos cabe la tarea de explicar su origen, historia y polisemia en Italia.

En la fiesta de la Cruz de 1524 tuvo lugar en la basílica vaticana de Roma una liturgia solemne en la que se dio inicio a una orden religiosa de un talante algo nuevo. Eran clérigos y no frailes los que integraban al grupo, en el que destacaba un obispo residencial de las montañas del Abruzzo, Gian Pietro Caraffa, conocido en el argot de la curia pontificia como el Obispo de Chieti. Pero la curia hablaba en latín. Nuestro hombre era pues el «Episcopus Theatinus», el Obispo Teatino y sus compañeros fácilmente devinieron «i teatini», los teatinos...

Hasta aquí nada de particular. Un grupo de clérigos que se empeñaban en esforzarse por una reforma cristiana. Era un tema y una palabrería propia de la hora. Oficialmente, en la documentación, nuestros hombres se habían definido como «clerici regulares», clérigos bajo regla religiosa, un poco en la línea de los canónigos regulares clásicos que se acogían a la regla de San Agustín. Pronto comenzó a mostrarse la simpatía de un sector de población y la animadversión de otro. «Questa nova compagnia e laudata da alcuni ma irrita da molti» escribía uno de ellos en 1524. En el mismo año ya aparecía una composición poética contra Caraffa «*lo episcopo di Chieti che si fece eremita*» en la cual se hace chacota del

Novo riformator di chierici e preti el cual  
se sapesse reformar cervelli  
riformerebbe il suo di insania pieno  
e non gli abiti altrui, barbe e capelli. (Paschini 1926: 5).

Así que bien pronto nos vamos a encontrar los términos nuevos —es decir no aplicados a la geografía humana sino a un grupo artificioso de personas afines: *teatino*, *chietino*, *teatineria*, *chietineria* (Tommasseo 1915, s.v. *chietino*).

Esto de atribuir al grupo el nombre del cabecilla es cosa vieja y de carác-

ter popular. Pongo un ejemplo clarísimo: Cuando la Compañía de Jesús funda en Mallorca en 1561 y mientras el inquisidor Nicolau Montanyans se refiere a la «santa Companya de Jesús» en cambio las autoridades civiles, ayuntamiento y gubernatorato dependen de la jerga vulgar: «Al molt Rev. P. Francisco de Borja, comisari general en Espania de la Santa Companya dels Iniguistes» (De Inigo de Loyola, iniguistes...) (Nadal, v. 3: 842, 844-845).

El apelativo «teatino» lo hallamos por vez primera en una carta del poeta Francesco Berni del 29 de junio de 1529. No podíamos menos de esperar que brotase en un círculo espiritualmente allegado a los clérigos regulares; Berni era familiar de Gian Matteo Giberti. Y precisamente por aquello de que *nomen est omen*, como arriba recordamos, «teatino» cobra en la pluma del autor del *Orlando Innamorato* especial matización, la misma que distinguía —y por la que ellos querían distinguirse— a los clérigos regulares entre los eclesiásticos contemporáneos: su severidad de costumbres, su espíritu de mortificación: «Avete avuto torto a mettermi in succhio in questo modo, essendo Teatino e mortificato come sono», escribe Berni a su amigo Gian Francesco Bini<sup>2</sup>. El vocablo hace fortuna y unos años más tarde lo encontramos en la variante «chietino» en el ámbito de la curia romana en la que Fabricio Peregrino, embajador de Mantua, lo aplica —en 6 de enero de 1537— a Bartolomeo Guidiccioni que «fa molto il santo e il Chietino». De allá lo tomó el Cardenal Farnese, quien debió gustar de usarlo —una de las veces aplicándolo al Cardenal Pole, de quien dijo nada menos que había vuelto «piu theatino che Chieti»<sup>3</sup>.

Se comprende que el matiz levemente irónico de la palabra en labios



FIGURA 6: Elementos que componen el hábito de clérigos regulares teatinos como se muestran en la obra *Vita D. Cajetani...* (Pisa, 1738).

<sup>2</sup> Pio Paschini (1926), recogió muchos datos sobre la primera circulación del término *teatino*. Lo citamos abreviadamente en adelante Paschini y la página correspondiente (81, 150).

<sup>3</sup> Cartas de Farnese de 21-5-1545 y de B. Maffei de 4-6-1540 (Paschini 1926: 150).

de gente amiga podía degenerar fácilmente en virulento sarcasmo, maneja-da por el ánimo malévolo de los enemigos de la Reforma. Que es lo que sucedió con Pietro Aretino, tan pronto a la sátira y a la desvergüenza como al sahumero, según las conveniencias del momento y la vecindad del mejor postor. Lo que no deja de tener un cierto interés es el recoger los rasgos que a su juicio caracterizan la piedad fingida de los «chietinos», de entre los cuales se alegra —escribiendo a Vitoria Colonna— de no contarla. Entre rasgos enumera «il muto della favella, il chino degli occhi, l'aspro del'abito»<sup>4</sup>.

No sabemos hasta qué punto realmente éstos no sean más que trillados calificativos despectivos y no respondan a una objetiva observación de la piedad de los nuestros. Porque es cierto que facilidad de vocabulario a Aretino no le faltaba. Tan pronto despreciaba a Caraffa y su «ippocrita e triste setta» (Pronostico de 1533, Paschini 1926: 9) como le llamaba «quel riverso dei preti, specchio di santità, quel padre de la umiltà, esempio dei buoni religiosi»<sup>5</sup>.

Jacopo Bonfadio, el 22 de septiembre de 1542, bromea a propósito de «chietino» refiriéndose a quienes tienen «il collo torto» (Paschini 1926: 351). Este pormenor lo repite un conocido de Ignacio de Loyola en su deposición en el proceso de beatificación. El popolino romano al verle, a él y sus primeros compañeros decía: «Questi teatini, questi collitorti» (Leturia 1957, v. 1: 288).

Sin descender a semejante lenguaje de mercado, otros hacen solapadamente insinuaciones más delicadas:

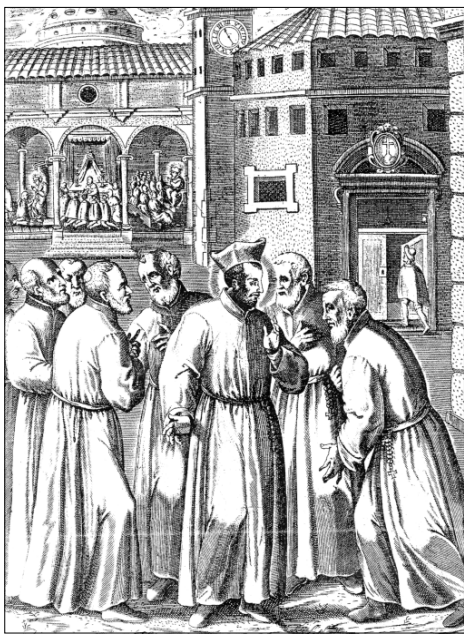


FIGURA 7: Durante los siglos XVII y XVIII y hasta el Capítulo General de 1830, los teatinos llevaban como distintivo de su Orden la Corona de la Virgen o rosario colgando del ceñidor.

<sup>4</sup> Carta del 5-1-1538; en otra del 9-1-1538 habla de «principi chietini», esto es devotos (Paschini 1926: 151).

<sup>5</sup> La Cortiggiana (1535) (Paschini 1926: 94).

Chi viver casto alla chietina vuole  
e raffrenare in fatti gli appetiti  
ch'essi forse raffrenano a parole<sup>6</sup>

Del análisis del uso del vocablo, rebajado por la malevolencia de ladinos intelectuales y por la roma incomprensión de la plebe se percibe —cómo al leer un escrito al trasluz se adivina la filigrana— el impacto que hizo el nuevo estilo de vida clerical en la conciencia de la sociedad contemporánea. Y esto acaeció descendiendo incluso a detalles minúsculos y pormenores bien secundarios. Así, por una carta de Paolo Giovio de 1545 nos enteramos de que se comentaban «las mangas a la teatina» (Paschini 1926: 116), y el rezo «more theatinico» que hacía el cardenal Pole en Lieja (1537) donde se hallaba junto con Gian Matteo Giberti, obispo de Verona, que actuaba de maestro de capilla<sup>7</sup> (*ibid.*: 70). Con parejos antecedentes no puede maravillarnos el que cuando llegaron a Roma en 1537 los primeros miembros de la recién bautizada Compañía de Jesús, hombres religiosos cien por cien y a los que ya antes de entrar en Italia a ojo se les había argüido su talante reformado —recuérdese el famoso dicho del labriego saboyano: «Ils sont des réformateurs qui vont réformer quelque pays»— se les aplicaran las categorías del lenguaje de moda. Por lo demás ¿es que ellos no se salían también de la corriente ordenación de estados?

Jacopo Bonfadio, con su lengua desatada, escribía en 1541: «Mi diceva già un buon compagno in Roma, che preti e frati erano predoni e fraudi. Di quelli è l'audacia, di questi l'astuzia le quali disunite non nuocion molto: or son comparsi questi corpi misti dell'una e dell'altra; chi se li abbia fabricati, sàsselo chi lo sà [...]». A estos «corpi misti» pertenecían los jesuitas. De ahí que también ellos cargaran con el remoquete de «chietinos» y «teatinos» que les sentaba a la medida de su mística y de su modo de vida. Baltasar de Faria, orador del Juan III de Portugal, llama ya en 1543 «teatinos» a los jesuitas: «Estes theatinos me pedirán dinero pera se irem a Portugal», Carta del 23-10-1543.

Y los procesos informativos o acusaciones que en 1547 se presentaron en la Ciudad Eterna contra Ignacio y sus compañeros les endosan la siguiente letanía, para ellos escandalosa de «los sacerdotes que se hacen llamar de la Compañía de Jesús o bien reformados o clérigos teatinos o iluminados o ignacianos» (Tropea 1950, v.1: 279).

Teatinos llamaban a los jesuitas muchos: su casero Muzio Muti, los carreteros de las obras de Santa Maria della Strada, la gente de la calle... Entre las citas aducidas en los *Monumenta Ignaciana* figura esta anécdota:

<sup>6</sup> Mauro (1886 s. .v. Chietino).

<sup>7</sup> También Jerónima Nadal habla de cantar en el coro las horas canónicas *teatinice*. *Monumenta Historica Societatis Iesu Nadal*, vol. 2: 64.



Nuestro coadjutor Mateo, francés de nación, iba un día a acarrear agua con la mula y se topó con un fraile agustino quien le preguntó: —¿Eres Teatino? Respondió Mateo: —No soy teatino sino de la Compañía de Jesús. —¿Y por qué razón vas y vienes con la mula y no te comportas como los demás de tu orden? Mateo dijo: —Yo hago mi obediencia. Y siguiendo la plática con el fraile este quedó maravillado y le apostilló: —Ojalá, hermano mío, que yo obedeciera a mi superior como tú lo haces al tuyo.

De todos modos, cierto es que Ignacio de Loyola quería como dicen las cosas claras y el chocolate espeso. Se lee en el *Memorial* de L. González (1555, v. 1: 697) que «Hablando yo de los del colegio germánico, que se declaraban por teatinos, diciendo yo soy teatino y tú no lo eres, el padre Ignacio me dio un gran capelo [léase, reprimenda], porque ellos no hablaban por teatino, diciendo que me tenía notado que exageraba mucho las cosas.»

El mismo Ignacio hizo gestiones para traer los teatinos a Roma a fin de que la gente, al menos los responsables advirtieran las diferencias existentes entre jesuitas y teatinos cosa que no se consiguió hasta muy tarde. Tan es así que un personaje de la talla del papa estaba tan persuadido del paralelismo y aun coincidencia de fines de entrambas congregaciones que se propuso fundirlas y si no lo hizo fue gracias a los buenos oficios del cardenal Sirleto. Tan mágico poder tiene la difusión de un apelativo.

En un plan inferior resulta chusca la anécdota acaecida en Nápoles (1553) en que un presente de carne —un jabalí y una cabra— fue enviado al

Colegio de la Compañía de Jesús y por equivocarse los criados que preguntaron ingenuamente por la residencia de los teatinos fue guisado y saboreado en el refectorio de los Clérigos Regulares de San Paolo Maggiore (Polanco 1894-98, vol. 3: 181).

Fue seguramente en España donde la denominación tuvo más resonancia y uno de los primeros que la usaron fue el dominicano Melchor Cano. Cano, se decía, tenía por «hereges» a los



FIGURA 8: Aparición de los Jesuatos según se ve en un Tratado de Antonio Corseto. Venecia, 1495.

teatinos —entiéndase jesuitas<sup>8</sup>: «Y una de las causas que me mueven a estar descontento destos Padres Teatinos es que a los caballeros que toman entre manos en lugar de hacellos leones, los hacen gallinas, y si los hallan gallinas, los hacen pollos»<sup>9</sup>.

Lo cierto es que la curiosidad picaba a muchos que se preguntaban a qué venía el uso continuado de *teatino* aplicado a los jesuitas cuando la verdad es que Carafa y Loyola tenían pareceres encontrados. El colmo de las suposiciones erradas lo hallamos en la carta que mandó el cisterciense Fra. Luis de Estrada a los jesuitas de Simancas en febrero de 1557. Sus cábalas le mueven a indicar que el pueblo, romano llamó teatinos a los compañeros de Ignacio «por el favor que les debía hazer el cardenal reverendísimo llamado teatino, que aora por la divina providencia llamamos Paulo IV, pontífice másimo» (1918 v. 2: 52-53).

Todo venía sin embargo de la voz y el uso del pueblo como podemos ver en el dietario del P. Jerónimo Nadal, que llegó a tercer general de la Compañía, quien explica que la bondad y la atracción personal de Ignacio antes de entrar en la compañía ya le había cambiado de pies a cabeza, ya le había hecho teatino: «Facilitas scilicet et bonitas huius patris me totum iam notaverat, iam fecerat teatinum»<sup>10</sup>.

Así sucedió por tanto que al llegar los primeros clérigos regulares a España en tiempos de Felipe IV, el P. Manuel Calascibetta, en la primera biografía de San Cayetano escrita en español (Madrid 1653), titulaba uno de los capítulos: «Cual sea la causa que en Italia llamen teatinos a los de nuestra religión y en España a los de la Compañía de Jesús».

He aquí una buena prueba de la asimilación y la conservación del léxico en la España del llamado Siglo de Oro.

Y otra prueba de cómo entraba y salía de las fronteras el vocablo de marras lo hallamos en el caso del cardenal San Carlos Borromeo. El rey Felipe II recibe una carta de Don Luis de Requesens en 1564 en la que se lee: «Ha mostrado el Papa grandísimo disgusto de que el cardenal Borromeo haya reformado su mesa o su casa y hecho otras demostraciones de recogimiento, diciendo que son teatinerías y humor melancólico y ha enviado a decir a los de la Compañía de Jesús y a otros religiosos, que los hará castigar si entran en casa del Cardenal» (Astráin 1902, vol. 2: 209).

De fuente oral he recogido la siguiente anécdota que imagino bastante

<sup>8</sup> «Porque el dicho P. Maestro Melchor Cano tiene por herejes a los teatinos». Deposition of Pray Pedro Serrano en el proceso del Arzobispo Carranza, Feliciano Cereceda, Láinez vol. 2: 371.

<sup>9</sup> Carta a Juan de Regla, Salamanca 1557 (Astráin 1902, vol. 2: 77).

<sup>10</sup> Relación al P. Jerónimo Doménech de octubre de 1545 *Monumenta Nadal*, vol. 1: 14.

arcaica: «Érase un novicio jesuita que en un momento de recelo y duda de su vocación se hizo con la que creía llave de la puerta principal y de noche y a oscuras, se personó en la entrada y se dijo empuñando la llave maestra: 'Si tea atino, no *teatino*: si no te atino, *teatino*'». La conseja no dice si a la postre atinó o no atinó pero aún así cabe reconocer que era hombre de tino. Merecía quedarse.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ASTRAÍN, A. 1902. *Historia de la Compañía de Jesús en su asistencia de España*. Madrid.
- BARRIONUEVO, JERÓNIMO DE. 1892. *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo, 1654-1658*. Madrid.
- CARACCILO, ANTONIO. 1612. *Vida de Paulo IV*. Colonia.
- CORREAS, GONZALO DE. 1967 [C. 1630]. *Vocabulario De refranes y frases proverbiales*. Ed. De Louis Combet. Burdeos.
- DE CALLEJA, DIEGO P. s.a. *El fénix de España, San Francisco de Borja*. *Diccionario de Autoridades*. 1739. Madrid.
- Diccionario Enciclopédico hispano americano de Literatura, Ciencias y Artes*. 1897. Barcelona.
- Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.* 1952. México.
- Diccionario de la Lengua Castellana*. 1780. Madrid.
- ESTRADA, FRAY LUIS DE. [1557] 1918. *Scripta de Santo Ignacio*. Madrid, 2 vols.
- GÓNGORA, LUIS DE. 1921. Obras de Luis de Góngora, en *Obras poéticas*. Ed. de R Foulché Delbosc. Nueva York, vol. 3.
- GÓNGORA, M. DE. 1897. *Curiosidades de la mística parda*. Madrid.
- GONZÁLEZ, L. 1555. *Monumenta Ignaciana. Fontes Narrativi*, vol. 1.
- Gran Enciclopedia Larousse*, 1972. Barcelona.
- ISLA DE, JOSÉ FRANCISCO. 1876. *Obras escogidas*. Ed. de Pedro Felipe Monlon Madrid.
- Lazarillo de Tormes*. 1846. Ed. B. Carlos Ariban. Madrid: BAE, vol. 3.
- LETURIA, PEDRO DE. 1957. *Estudios Ignacianos*. Roma.
- LOPE DE VEGA CARPIO, FÉLIX. [1617] 1941. *Epístolas*. Ed. de Agustín de Amejús. Madrid.
- MAURO. 1886. «Rime burlesche», en *Vocabulario degli Accademia della Crusca*. Florencia, vol. 2.
- MESONERO ROMANOS, R. ed. 1899. *Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, 2. Madrid: BAE 49.
- MILLÉ, JUAN. 1978. «Lope de Vega, alumno de de los jesuitas y no de los teatinos». *Revue Hispanique* 7: 247-255.
- MOLINER, MARÍA. 1967. *Diccionario de uso del español*. Madrid.
- NADAL, JERÓNIMO. 1962. *Monumenta Historica Societatis Iesu. Epistule*. Roma.
- PALMA, RICARDO. 1883. *Tradiciones peruanas*. Lima.
- PASCHINI, PÍO. 1926. *San Gaetano Thiene, Gian Piertro Caraza e le origini dei Chierici Regolari Teatini*. Roma.
- POLANCO, J. 1894-98. *Chronicon Societatis Iesu*. Madrid, vol. 3.
- QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE. 1852. *La vida del buscón llamado Don Pablos*. Madrid: BAE, 1.
- *Obras completas*. 1932. Madrid: Aguilar.

- R. GARCÍA VILLOSLADA, IGNACIO. 1897. *Teatro Completo de Miguel de Cervantes*. Madrid: Biblioteca Clásica, vol. 3.
- RESTORI, ANTONIO. 1927. «Lope de Vega fra i Teatini e i Gesuiti». *La Rassegna* 35: 98-99.
- RIVADENEYRA DE, PEDRO. 1880. *Obras*. Madrid, vol. 2.
- RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO. s.a. *Cantos populares españoles*. Madrid, vol. 5.
- SANTA TERESA DE JESÚS [1561 ó 1574] 1974. *Epistolario*. Madrid: BAC.
- SBARBI, JOSÉ MARÍA. 1922. *Diccionario de refranes, adagios, proverbios*. Madrid.
- SUÁREZ, FRANCISCO, S.I. 1860. *Opera Omnia*. París, vol. 16.
- TOMMASSEO, N. 1915. *Dizionario della lingua italiana*. Turín, vol. 2.
- TROPEA, FRAY TEÓFILO DE. 1950. *Storia della Compagnia di Jesu in Italia*. Roma, vol. 1.